Mercado

El fragmento transcurre en *La madriguera*, un libro memorioso de una Córdoba lejana y personal, con calado en la vida de una casa liberal en un barrio de clase media, y en las relaciones de una niña, la que yo era entonces, con un profesor de inglés. El azar había querido que se llamara Sarmiento, un nombre que condensaba ideales muy a contrapelo con el poder de turno en esos años, pleno peronismo nacional-rosista.

La familia era antiperonista, politizada al modo de la época, es decir con la conciencia del peligro de ser opositores pero con cierto regocijo arrogante por estar en contra del régimen. Siendo diputado por el Partido Demócrata, sobre cuya índole el fragmento que se publica da algunas precisiones, mi padre había arrancado del piso su banca en la Legislatura y la había arrojado contra la presidencia, exasperado hasta la violencia porque el partido en el poder manipulaba el uso de la palabra valiéndose de mayorías simples.

La escena que se transcribe incluye algunos nombres significativos de la historia de Córdoba. El doctor Stutz era poeta, pintor y médico y su familia había sido marcada por la tragedia: una niña Stutz, Martita, había sido secuestrada por desconocidos, iniciando la figura de la desaparición y desparramando un terror y un dolor sin límites, que no han dejado de pesar sobre los familiares que en nuevas generaciones la sobrevivieron y en la propia sociedad cordobesa. Su Chevrolet negro existió y fue cápsula desde donde el paisaje pudo ser visto, admirado, convirtiéndose en una instancia propia de la escritura, pero también pudo haber sido vehículo en las andanzas proselitistas de mi padre.

Santiago H. Del Castillo, cuya letra hache siempre fue para mí un enigma, era uno de los próceres del radicalismo –fue ministro de Gobierno de Sabattini, presidente del Comité Nacional del partido, diputado nacional, gobernador de Córdoba–, un progresista que llegó a fundirse con un pensamiento de izquierda y, sin dejar de ser radical, aunque arriesgándose a la expulsión del partido, simpatizó con la Revolución Cubana y visitó a Fidel en La Habana. María Brizuela, caudilla de la Seccional Décima, fue una dirigente muy admirada por su vocación de lucha y, más que radical, se diría que era radicalizada, por ser mujer y por ser mujer de pueblo, una categoría, el pueblo, que hace tiempo ha desaparecido de la política argentina. Ni ella ni don Santiago H. Del Castillo hablaban de "gente", y él, por su lucidez, hablaba de lucha de clases.

En cuanto a Sarmiento, es algo así como la columna que sostiene una relación con el espacio, con las imágenes que fueron escribiéndose en la evocación, con la literatura. Como si esa presencia hubiera sido el condensador o catalizador de una disposición para escribir una historia que estaba latente en madrigueras de la memoria, donde esperaba ser revelada y llegar a ser lo que es: letra, inscripción, tiempo y con suerte, lengua.



Presentación de T. M.

Hay una conspiración, y somos varios en Córdoba.

Cuando la niña que yo era oye esa frase tiene un sacudimiento. Se diría que la palabra conspiración me cautiva, como si la vida barrial se cargara de un sentido y las cosas más simples comenzaran a enaltecerse por una misión. Las reuniones se hacen en una estancia en Anizacate, ese "verde" que fue eufemismo para despistar cuando vinieron a detener a mi padre. Los conspiradores van juntos en un viejo Chevrolet del '35 que suele prestarles Stutz, sin preguntarles razón, distante él de cualquier acción política, aunque lo anime la misma actitud opositora al régimen que a ellos. Ese Chevrolet cuyos contornos redondos de ballena negra más parecen acariciar lo que atraviesan que penetrarlo con eficacia, sería más apto para un paseo campestre sin premuras ni objetivos. No abandonan el hedonismo de la conversación ni los comentarios sobre el paisaje, oscilando entre juicios sobre la realidad que nunca vienen sin su carga de sarcasmos y cierto impresionismo que se detiene sobre la densidad de los azules en los confines de la mirada, clasifica los verdes y los sienas de las sierras o antropomorfiza las nubes en su singularidad.

Las hileras de eucaliptos y casuarinas que cruzan los campos y se internan hasta el corazón de las estancias, van cortando el camino en ángulos rectos, en un sucederse rítmico, que dice lo suficiente sobre una estructura de la propiedad: tranquera principal, largo sendero bajo los árboles y, al fondo, el casco reservado y protegido, lugar de posesión y de perspectiva en redondo, privada y límpida. El sitio ideal, si se lo piensa, para la conspiración; hacia el oeste las sierras, hacia el este una línea apenas ondulada que dibuja sierras todavía más lejanas –montañas, para mayor pertinencia–, sólo insinuaciones de color, como si un pincel se hubiera deslizado de canto, muy cargado de agua y casi sin pigmento, para pintarlas sobre el horizonte, no por remotas menos altas y hasta grandiosas y, sobre todo, un sitio ideal: ni un alma en leguas y leguas a la redonda y la casa sola, reinando, recogida entre pinares.

Encerrados en el automóvil, Sarmiento al volante, mi padre a su lado, y yo y los tres jóvenes correligionarios en el asiento trasero, acaso sentimos que la noche va ganando la partida, que la luz rojiza detrás del monte de molles a la distancia es el último indicio del día antes de internarnos en el largo sendero final bajo los eucaliptos y me parece o quiero recordar que Sarmiento transmite una de sus impresiones:

–Parecen grabados en papel de seda –dice, recogiendo la imagen de los árboles que se acercan y se alejan a medida que el auto avanza. Y, en efecto, las ramas más ínfimas se irradian en haces sobre el fondo azul grisáceo ya del invierno, y aunque la maraña es abigarrada, las líneas se dejan ver en su momento de mayor nitidez, precisa y paradójicamente cuando más se oculta la luz. La conversación cesa y yo quiero asir ahora ese momento, detener la historia y palpar, acaso con un esfuerzo de análisis extremo, la instancia de la clandestinidad, desplegada en esos tramos que el auto devora y que el maestro permite devorar desde el volante, cuando las imágenes comienzan a confundirse por la penumbra. Cinco hombres y una niña encapsulados en un Chevrolet del año '35, con una dirección clara; ellos delimitados o abstraídos del fondo; ellos un punto móvil en la recta que va desde la tranquera hasta el casco que pronto va a aparecer entre los claros del bosque de espinillos; ellos peculiares y diferenciados por elección, en medio del encaje de las ramas, "esencia de la arborescencia"; ellos encerrados en la ballena negra viendo cómo las bandadas geométricas de pájaros y las fragancias y sonidos de la tarde empiezan a soltar "ideas Lugones".

Pero sólo él, Sarmiento, como le gusta llamarse a sí mismo, en una personificación que es casi como un recordatorio fútil de su identidad, tal vez sólo él piensa en la medida del riesgo y en el tamaño de la conspiración. Trato de definir, más allá de las sensaciones inmediatas que intuyo en esos pasajeros, el estado singular del espíritu –y si no ¿de qué?– que los empuja a la acción. Para contravenir un supuesto orden que ya se inclina hacia el autoritarismo y de allí al totalitarismo, palabra tal vez demasiado fuerte y de alcances estrechamente discursivos, la inspiración no habrá sido entonces otra que la clásica, muy francesa, por Libertad, Igualdad, Fraternidad; atravesada también por Reforma del '18; atravesada –y, bajo el influjo de los modos de mi padre, vuelvo a repetir esa condición, como atacada por la repetición de un discurso oral, buscando la justeza de las partes para armar el todo–, atravesada por Revolución de Octubre, tangencialmente; atravesada también por una idea demócrata de raigambre cordobesa, antimilitar y anticlerical, es decir liberal en términos legítimos y, sobre todo, federalista y, con palabras suyas, "autonomista".

Conspiración no era en realidad otra cosa que tener conversaciones con sectores diversos y palpar el estado de las cosas, como para arrimar un diagnóstico en una primera etapa y, en las sucesivas, leer las señales, forjar los acuerdos y eventualmente empujar las fuerzas en una dirección, es decir, con un deseo y mucho beneficio afectivo: estar con amigos y gozar de los supuestos y entrelíneas de la conspiración. "Vi a fulano o a mengano, vi a tal o cual dirigente", eran las frases. "Vino a verme", "fui a verlo", "venga a verme", "dígale que venga a verme", etcétera, eran las formas de esta práctica en la que emergían tanto los indicios como los datos certeros.

En la casa han encendido los faroles de la galería y en el interior también la chimenea. Frente a ella, seducido por el fuego, está Don Santiago H. del Castillo, todavía envuelto en un impermeable de un color verdoso, más tirando a gris, de corte cuadrado en los hombros y cinturón, con una chalina de vicuña todavía amarrada al cuello, como si acabara de llegar, aunque de hecho siempre parecerá que acaba de llegar, porque nunca se quitará ni el impermeable ni la chalina, fusionado a la ropa en un todo, disputando como radical el derecho a enchalinarse que los políticos demócratas esgrimen también como una fisonomía total, identificatoria. O quizás lo que la chalina de vicuña o la más modesta de alpaca señalan es ese afán federalista que los mueve y que signa la llamada conspiración. Pero Santiago H. y su impermeable son un matrimonio más viejo e incomparable: se dice que en él viven las huellas de los dirigentes históricos del radicalismo y que por la perduración de energías antiguas que al condensarse se potenciaran, esas trazas transmiten su saber y hasta dictan líneas de acción a Don Santiago H. y, a través de él, a los políticos de su partido y en la ocasión a los demócratas, pues muchos se preguntan si verdaderamente existe una división entre demócratas y radicales, cuando ya han sido superadas las discrepancias de fondo y se tiene delante un enemigo principal, el peronismo. De hecho, muchos sostienen que la pertenencia de mi padre a las filas del Partido Demócrata de Córdoba era una equivocación, que por su origen de clase, por su personalidad popular carismática, debió ser ciertamente radical, aun trastornando las filiaciones hereditarias: demócrata desde siempre, antirradical siempre por vía paterna, materna y aun por vía de la familia de mi madre, demócratas desde siempre, antirradicales siempre.

También ha llegado la única mujer conspiradora, Doña María Brizuela, dirigente radical de la Décima, joven y austera, mucho más adelante que el resto en sus iniciativas antirrégimen, con un perfil autóctono, si con ese calificativo se dice algo más sobre una fisonomía criolla: pómulos altos, ojos con fulgor, nariz aguileña y labios generosos. Si ella lleva el Doña en este caso no lo es tanto por su condición modesta y barrial, sino por la jerarquía que se ha ganado en el grupo pese a su juventud.

Sarmiento se fue de Córdoba en 1950. No pudimos terminar de leer *Treasure Island*. Un día cualquiera de un invierno Dora Soria y yo vimos que un auto se detenía en la casa del maestro y que subían su mujer y sus hijos –que no eran *five four children right*, sino sólo dos–, dejando una burbuja de silencio *in the middle of the kitchen floor* y un aire intensamente melancólico alrededor de los paraísos desnudos de la calle. El auto pasó delante de nuestras miradas y el maestro, junto al chofer, lo hizo parar unos metros más allá, al llegar a Larrea y Viamonte, abrió la ventanilla y nos saludó con la mano y una sonrisa tristona que decía todo y no decía nada, pues ni ella ni yo estábamos enteradas de ese aumentarse que delataba el auto cargado de valijas; ese apiñamiento de personas y de cosas era un traslado, no podía ser sino un traslado, dijimos, con perplejidad, mientras nos dirigíamos hasta la casita y veíamos a través de la ventana de la sala que nada había quedado, aunque nunca hubiera habido gran cosa en ese espacio, imaginando que tal vez en ese momento se estaba produciendo en el interior la resonancia de la partida, presumiblemente un eco de los últimos ruidos del adiós elevándose por la escalera hacia las alturas, y aguzamos los oídos para tratar de oírlo, confundido con un viento gélido que frotaba las ramas de los árboles. Nunca supe por qué se había ido de manera tan inesperada, y cuando interrogué a mis padres me dijeron primero que no podían decir las razones, y después que el maestro había regresado a Bolivia. Esa tarde me subí al peral y divisé las primeras luces del cielo, más frías que nunca, tan frías que se me clavaron como agujas.

Además de esas escrituras en protocolos, de las quevedianas durante las bronquitis de mi



LA MADR

por Tunu

LA MADRIGUERA

por Tununa Mercado

Hay una conspiración, y somos varios en Córdoba.

Cuando la niña que yo era oye esa frase tiene un sacudimiento. Se diría que la palabra conspiración me cautiva, como si la vida barrial se cargara de un sentido y las cosas más simples comenzaran a enaltecerse por una misión. Las reuniones se hacen en una estancia en Anizacate, ese "verde" que fue eufemismo para despistar cuando vinieron a detener a mi padre. Los conspiradores van juntos en un viejo Chevrolet del '35 que suele prestarles Stutz, sin preguntarles razón, distante él de cualquier acción política, aunque lo anime la misma actitud opositora al régimen que a ellos. Ese Chevrolet cuyos contornos redondos de ballena negra más parecen acariciar lo que atraviesan que penetrarlo con eficacia, sería más apto para un paseo campestre sin premuras ni objetivos. No abandonan el hedonismo de la conversación ni los comentarios sobre el paisaje, oscilando entre juicios sobre la realidad *que nunca vienen sin su carga de sarcasmos* y cierto impresionismo que se detiene sobre la densidad de los azules en los confines de la mirada, clasifica los verdes y los sienas de las sierras o antropomorfiza las nubes en su singularidad.

Las hileras de eucaliptos y casuarinas que cruzan los campos y se internan hasta el corazón de las estancias, van cortando el camino en ángulos rectos, en un sucederse rítmico, que dice lo suficiente sobre una estructura de la propiedad: tranquera principal, largo sendero bajo los árboles y, al fondo, el casco reservado y protegido, lugar de posesión y de perspectiva en redondo, privada y límpida. El sitio ideal, si se lo piensa, para la conspiración; hacia el oeste las sierras, hacia el este una línea apenas ondulada que dibuja sierras todavía más lejanas –montañas, para mayor pertinencia–, sólo insinuaciones de color, como si un pincel se hubiera deslizado de canto, muy cargado de agua y casi sin pigmento, para pintarlas sobre el horizonte, no por remotas menos altas y hasta grandiosas y, sobre todo, un sitio ideal: ni un alma en leguas y leguas a la redonda y la casa sola, reinando, recogida entre pinares.

Encerrados en el automóvil, Sarmiento al volante, mi padre a su lado, y yo y los tres jóvenes correligionarios en el asiento trasero, acaso sentimos que la noche va ganando la partida, que la luz rojiza detrás del monte de molles a la distancia es el último indicio del día antes de internarnos en el largo sendero final bajo los eucaliptos y me parece o quiero recordar que Sarmiento transmite una de sus impresiones:

–Parecen grabados en papel de seda –dice, recogiendo la imagen de los árboles que se acercan y se alejan a medida que el auto avanza. Y, en efecto, las ramas más ínfimas se irradian en haces sobre el fondo azul grisáceo ya del invierno, y aunque la maraña es abigarrada, las líneas se dejan ver en su momento de mayor nitidez, precisa y paradójicamente cuando más se oculta la luz. La conversación cesa y yo quiero asir ahora ese momento, detener la historia y palpar, acaso con un esfuerzo de análisis extremo, la instancia de la clandestinidad, desplegada en esos tramos que el auto devora y que el maestro permite devorar desde el volante, cuando las imágenes comienzan a confundirse por la penumbra. Cinco hombres y una niña encapsulados en un Chevrolet del año '35, con una dirección clara; ellos delimitados o abstraídos del fondo; ellos un punto móvil en la recta que va desde la tranquera hasta el casco que pronto va a aparecer entre los claros del bosque de espinillos; ellos peculiares y diferenciados por elección, en medio del encaje de las ramas, "esencia de la arborescencia"; ellos encerrados en la ballena negra viendo cómo las bandadas geométricas de pájaros y las fragancias y sonidos de la tarde empiezan a soltar "ideas Lugones".

Pero sólo él, Sarmiento, como le gusta llamarse a sí mismo, en una personificación que es casi como un recordatorio fútil de su identidad, tal vez sólo él piensa en la medida del riesgo y en el tamaño de la conspiración. Trato de definir, más allá de las sensaciones inmediatas que intuyo en esos pasajeros, el estado singular del espíritu –y si no ¿de qué?– que los empuja a la acción. Para contravenir un supuesto orden que ya se inclina hacia el autoritarismo y de allí al totalitarismo, palabra tal vez demasiado fuerte y de alcances estrechamente discursivos, la inspiración no habrá sido entonces otra que la clásica, muy francesa, por Libertad, Igualdad, Fraternidad; atravesada también por Reforma del '18; atravesada –y, bajo el influjo de los modos de mi padre, vuelvo a repetir esa condición, como atacada por la repetición de un discurso oral, buscando la justeza de las partes para armar el todo–, atravesada por Revolución de Octubre, *tangencialmente; atravesada también* por una idea demócrata de raigambre cordobesa, antimilitar y anticlerical, es decir liberal en términos legítimos y, sobre todo, federalista y, con palabras suyas, "autonomista".

Conspiración no era en realidad otra cosa que tener conversaciones con sectores diversos y palpar el estado de las cosas, como para arrimar un diagnóstico en una primera etapa y, en las sucesivas, leer las señales, forjar los acuerdos y eventualmente empujar las fuerzas en una dirección, es decir, con un deseo y mucho beneficio afectivo: estar con amigos y gozar de los supuestos y entrelíneas de la conspiración. "Vi a fulano o a mengano, vi a tal o cual dirigente", eran las frases. "Vino a verme", "fui a verlo", "venga a verme", "dígale que venga a verme", etcétera, eran las formas de esta *práctica en la que emergían tanto los in*dicios como los datos certeros.

En la casa han encendido los faroles de la galería y en el interior también la chimenea. Frente a ella, seducido por el fuego, está Don Santiago H. del Castillo, todavía envuelto en un impermeable de un color verdoso, más tirando a gris, de corte cuadrado en los hombros y cinturón, con una chalina de vicuña todavía amarrada al cuello, como si acabara de llegar, aunque de hecho siempre parecerá que acaba de llegar, porque nunca se quitará ni el impermeable ni la chalina, fusionado a la ropa en un todo, disputando como radical el derecho a enchalinarse que los políticos demócratas esgrimen también como una fisonomía total, identificatoria. O quizás lo que la chalina de vicuña o la más modesta de alpaca señalan es ese afán federalista que los mueve y que signa la llamada conspiración. Pero Santiago H. y su impermeable son un matrimonio más viejo e incomparable: se dice que en él viven las huellas de los dirigentes históricos del radicalismo y que por la perduración de energías antiguas que al condensarse se potenciaran, esas trazas transmiten su saber y hasta dictan líneas de acción a Don Santiago H. y, a través de él, a los políticos de su partido y en la ocasión a los demócratas, pues muchos se preguntan si verdaderamente existe una división entre demócratas y radicales, cuando ya han sido superadas las discrepancias de fondo y se tiene delante un enemigo principal, el peronismo. De hecho, muchos sostienen que la pertenencia de mi padre a las filas del Partido Demócrata de Córdoba era una equivocación, que por su origen de clase, por su personalidad popular carismática, debió ser ciertamente radical, aun trastornando las filiaciones hereditarias: demócrata desde siempre, antirradical siempre por vía paterna, materna y aun por vía de la familia de mi madre, demócratas desde siempre, antirradicales siempre.

También ha llegado la única mujer conspiradora, Doña María Brizuela, dirigente radical de la Décima, joven y austera, mucho *más adelante que el resto en sus iniciativas* antirrégimen, con un perfil autóctono, si con ese calificativo se dice algo más sobre una fisonomía criolla: pómulos altos, ojos con fulgor, nariz aguileña y labios generosos. Si ella lleva el Doña en este caso no lo es tanto por su condición modesta y barrial, sino por la jerarquía que se ha ganado en el grupo pese a su juventud.

Sarmiento se fue de Córdoba en 1950. No pudimos terminar de leer *Treasure Island*. Un día cualquiera de un invierno Dora Soria y yo vimos que un auto se detenía en la casa del maestro y que subían su mujer y sus hijos –que no eran *five four children right*, sino sólo dos–, dejando una burbuja de silencio *in the middle of the kitchen floor* y un aire intensamente melancólico alrededor de los *paraísos desnudos de la calle. El auto pasó* delante de nuestras miradas y el maestro, junto al chofer, lo hizo parar unos metros más allá, al llegar a Larrea y Viamonte, abrió la ventanilla y nos saludó con la mano y una sonrisa tristona que decía todo y no decía nada, pues ni ella ni yo estábamos enteradas de ese ausentarse que delataba el auto cargado de valijas; ese apiñamiento de personas y de cosas era un traslado, no podía ser sino un traslado, dijimos, con perplejidad, mientras nos dirigíamos *hasta la casita* y *veíamos a través de la* ventana de la sala que nada había quedado, aunque nunca hubiera habido gran cosa en ese espacio, imaginando que tal vez en ese momento se estaba produciendo en el interior la resonancia de la partida, presumiblemente un eco de los últimos ruidos del adiós elevándose por la escalera hacia las alturas, y aguzamos los oídos para tratar de oírlo, confundido con un viento gélido que frotaba las ramas de los árboles. Nunca supe por qué se había ido de manera tan inesperada, y cuando interrogué a mis padres me dijeron primero que no podían decir las razones, y después que el maestro había regresado a Bolivia. Esa tarde me subí al peral y divisé las primeras luces del cielo, más frías que nunca, tan frías que se me clavaron como agujas.

Además de esas escrituras en protocolos, de las quevedianas durante las bronquitis de mi padre, de las escrituras en las calles a ritmo de cantinela (que se escriben y borronean con los pies), había otras: dedicatorias, recordatorios, estampas religiosas, escrituras plagiarias, *escrituras de espíritus, escritos por en*cargo, escrituras góticas, esquelas de recomendación. "Canten las aves/ brille la luz/ tengo en mi alma/ al Niño Jesús", rezaba el verso que servía de epígrafe a mi estampita de primera comunión, grabado en oro al dorso de una imagen de colores tenues en papel brillante; la estampa (fechada en noviembre de 1918) de la Virgen del Perpetuo Socorro, madre, a cuyo Niño se le está cayendo la sandalia del pie, con el breve textito de Kempis: "Bienaventurado el que tiene siempre la hora de la muerte ante sus ojos y cada día se prepara para morir"; el libro de horas en nácar que incluía –en una tipografía que perfeccionaba hasta hacerlas barrocas sólo las mayúsculas– la plegaria al Señor de la Buena Muerte, que culminaba: ... porque en el día de la Cruz dije mil veces jesús, jesús, jesúsjesúsjesúsjesús unas dos páginas, fileteadas las repeticiones del sagrado nombre en dorado, así como la variante sin *s* jesújesújesújesú en que se convertía el nombre del Señor a la altura de la invocación nº 500, letrillas satíricas de Quevedo, como aquella receta para hacer soledadesen un día, que una vez copió con sus rasgos extremos mi padre en unas hojas tamaño oficio para burlarse de un confuso sonetista, cordobés por añadidura, y que ahora copio yo misma con obsesión reconstructiva: "Quien quisiere ser culto en un solo día/ la jeri (aprenderá) gonza siguiente: *fulgores, arrogar, joven, presiente/ candor, construye, métrica, armonía,// poco, mucho, si no, purpuracía,/neutralidad, conculca, erige, mente,/ pulsa, ostenta, libar, adolescente,/ señas, traslada, pira, frustra, arpía,// cede, impide, cisuras, petulante,/ palestra, liba, meta, argento, alterna,/ si bien, disuelve, émulo, canoro.//* Use mucho de *líquido* y de *errante,/* su poco de *noturno* y de *caverna,/* anden listos *livor, adunco*, y *poro,//* que ya toda Castilla,/ consola esta cartilla,/ se abrasa de poetas babilones/ escribiendo sonetos confusiones/ y en la Mancha, pastores y gañanes,/ atestadas de ajos las barrigas,/ hacen ya cultedades como migas".



En una libretita encuadernada con espiral descubrimos unas letrillas, para llamarlas de algún modo, amorosas; se trataba de reflexiones que mi padre había apuntado cuando se enamoró de mi madre, a quien llamaba en sus versos Niña Chole. Me parece que la idea que tenía de sí mismo era la de un pretendiente inmerecido, que tenía que hacer méritos para llegar a ella, o tal vez que debía entrar en una lisa en la que sus merecimientos no eran lo suficientemente reconocidos comparados con glorias o dineros vanos que ostentaban sus rivales, el todo sintetizado en una frase que ocupaba por completo una de las pequeñas páginas: "Yo no tengo Fiat ni quien me fíe", la única que se me ha quedado grabada después de haber perdido todas las demás. Las más significativas, de inspiración rubendariana, fueron saqueadas por nosotras las hermanas para cartas de amor, convirtiéndose la casa en un escribidero sentimental al servicio de la comunidad de chicas en edad de merecer, en el que confluían los diarios íntimos, poemas amorosos de los *Titanes de la poesía universal*, y versos de la cosecha propia de mi hermana; en un escribidero también escolar, cuyos plagios provenían de discursos de mi padre, quien a su vez tomaba citas de clásicos y modernos, las cuales pasaban a las nuevas composiciones sin comillas.

Entre esos destinatarios de cartas había un joven marino a quien su Beatriz, amiga mía, le escribía casi diario, confiándome esas escrituras a mí. En esas cartas que yo la de entonces escribía, que escribía para que Beatriz escribiera, el amor, objeto translúcido, adquiría progresivamente densidad, colmaba, rebosaba el corazón de la amante, nunca con ese nombre tan categórico de amante que, por su carga, era diferido y acaso disfrazado con otros términos, como decir por ejemplo, *al amarte yo*, o *quien te venera, yo*, y otras distinciones por el estilo del sujeto amoroso, devoto, circunspecto a veces y siempre arquitecto sufriente de esa catedral del amor, con nubarrones de ausencia y alusiones al mar que él, remoto, contemplaría en las playas de la alta Patagonia en búsqueda de ella, la amada; cartas que casi nunca eran respuesta a las del marino, pues unas y otras se cruzaban, y por lo general en el corazón latían, y por las noches en el sueño tu imagen y te beso suavemente mientras te evoco y estás en el cielo que miro y en el horizonte que vislumbro, y aún, para qué ocultarlo, cuando se había producido un silencio demasiado largo del amado, de esa invención que era el amado, la carta comenzaba suicida y nefasta con una cita de Espronceda, muy al uso en las aulas de entonces: "mi carta que es feliz pues va a buscaros/ cuenta os dará de la memoria mía/ aquel fantasma soy que por gustaros,/ juró estar vivo a vuestro lado un día.../ Cuando lleve mi carta a vuestro oído/ el eco de mi amor y mis dolores,/ ya mi cuerpo durmiendo estará bajo unas flores (...)" Y no puedo sustraerme a estos versos: "ya me siento morir, el cielo os guarde./ Cuidad siempre que nazca o muera el día/ de mirar el lucero de la tarde,/ pues yo desde él os estaré mirando,/ y como el bien con la virtud se labra/ para veros mejor yo haré rezando que Dios de par en par la puerta os abra". El epitafio, cuya última línea seguramente tergiverso, amenazaba con una tragedia si la réplica no llenaba la cuota de intensidad acorde con ella, como así sucedió en la carta siguiente del marinero, que se creyó residente en la tierra, se imaginó a la hora de partir, oh abandonado, cuando inclino mis redes en tus ojos oceánicos, entrecomillado, dando justo en los ojos verdes de Beatriz, que tenía los cabellos rubios y una belleza lánguida "modiglianesca" (cuando este calificativo aún no era lugar común, por los años cincuenta). Y como la escritura convoca, como sus anzuelos son garfios tendidos sin tiempo, etéreos e imponderables, objetos del azar más descabellado, encontraron finalmente al convocado, ese destinatario tan remoto como remotas eran las niñas que a él le escribían. Una tarde, en la ciudad de México, me fue presentado un señor de unos cincuenta años, que sin dudar reconocí por su nombre, ¡tantas veces lo había escrito en los sobres con mi caligrafía de escuela normal, cerradita, pareja!: *Carlos Monetta. Escuela Naval Militar. Puerto Belgrano*, etcétera, etcétera. Remitente: B.T. Salto 1221. Córdoba, y tantas veces había encabezado las cartas diciendo cosas de este tenor: "Querido Carlos: Tiembla mi corazón al desgranar estas letras. No he sabido nada de ti desde hace una semana y no me ha costado mucho imaginarte en las borrascas del mar, lejos de mis brazos". El se acordaba de mí, puesto que yo había sido algunas veces *chaperonne* de la entonces niña Beatriz, cuando se conocieron en un verano en las sierras. Y al evocarla, decía que lo que más le había sorprendido era el extenso vocabulario marino que aparecía en sus cartas. Yo empecé entonces a decirle algunos de esos términos: aparejo, casco, escobén de proa, maroma, toldilla, foque, amuras, sotavento, imbornales, drizas, botalón de mesana, baluarte, y él sintió que en esa conversación ocasional estaba pasando algo raro, se dio cuenta de que por alguna razón que no estaba todavía en condiciones de sopesar, él y yo estábamos unidos por la letra, una letra/carta cuya inconclusión permitía ahora que se actualizara un diálogo amoroso, por interpósita o, mejor dicho, que un fantasma, yo en la circunstancia, que había velado sobre las antiguas escrituras se hiciera tangible y ocupara, como muchas veces en las historias de amor, el lugar de la amada real, real entonces, espectral ahora, y pudiera recitar su texto en persona.

El relativo saber sobre términos de navegación provenía de la lectura de *La isla del tesoro*, aquella verdadera hazaña que quedó registrada en decenas de hojas de vocabularios encolumnados, que nunca terminó, pero que fue produciendo todos los días, desde los inicios del primer capítulo, un efecto de gran ola que se eleva y lame acantilados de una isla, arrastrando en sus vaivenes, desde la vigilia hacia el sueño y viceversa, las imágenes de un niño confundido con un terror que sólo los adultos podían producir. Y el mar llevaba y traía a lo lejos un elemento inalcanzable y desconocido para mí, mediterránea: "Y mientras me escurría bajo las oquedades del monte, oí resonar a lo lejos el continuo y arrastrado tronar de la resaca, y en torno mío un largo rumor de frondas, indicio cierto de que la brisa marina soplaba más fuerte que de ordinario. Pronto comenzaron a llegar hasta mí frescas ráfagas de viento salobre; y pocos pasos después me encontré en el lindero del bosque y descubrí *la llanura del mar* inundada de sol y salpicada de arrecifes costeños cubiertos de espuma". La lectura me exaltaba, en esa isla nunca las aguas estaban calmas: "A pesar de que el sol brillase gloriosamente en el cenit, *sin un hálito de aire*, y aunque la superficie del mar estuviese por completo serena y tranquila, *siempre*, constantemente, había grandes y amenazadoras oleadas irguiéndose y estrellándose *noche y día* contra las rocas costeñas. *Y no creo que en toda la isla existiese ni un solo lugar donde no se oyera a todas horas aquel profundo y tempestuoso estruendo*".

Brumas que arrastran, temblores del cielo, derivas y reflujos, hervores de las mareas y murmullos en las tinieblas, la elocuencia del mar no cesaba de hablar y era propiamente el lenguaje de la pasión, que se desencadena, fluye y refluye, deja brotar sus fuentes y las agota en un instante, elevándose en el aire como una columna y descendiendo después sobre las playas en una alternancia prefigurada siempre, eterna. ■

Fragmento de La Madriguera, Tununa Mercado, Tusquets Editores (1996).

padre, de las escrituras en las calles a ritmo de cantinela (que se escriben y borronean con los pies), había otras: dedicatorias, recordatorios, estampas religiosas, escrituras plagiarias, escrituras de espíritus, escritos por encargo, escrituras góticas, esquelas de recomendación. "Canten las aves/ brille la luz/ tengo en mi alma/ al Niño Jesús", rezaba el verso que servía de epígrafe a mi estampita de primera comunión, grabado en oro al dorso de una imagen de colores tenues en papel brillante; la estampa (fechada en noviembre de 1918) de la Virgen del Perpetuo Socorro, madre, a cuyo Niño se le está cayendo la sandalia del pie, con el breve textito de Kempis: "Bienaventurado el que tiene siempre la hora de la muerte ante sus ojos y cada día se prepara para morir"; el libro de horas en nácar que incluía –en una tipografía que perfeccionaba hasta hacerlas barrocas sólo las mayúsculas– la plegaria al Señor de la Buena Muerte, que culminaba: ... porque en el día de la Cruz dije mil veces jesús, jesús, jesúsjesúsjesúsjesús unas dos páginas, fileteadas las repeticiones del sagrado nombre en dorado, así como la variante sin *s* jesújesújesújesú en que se convertía el nombre del Señor a la altura de la invocación nº 500, letrillas satíricas de Quevedo, como aquella receta para hacer soledadesen un día, que una vez copió con sus rasgos extremos mi padre en unas hojas tamaño oficio para burlarse de un confuso sonetista, cordobés por añadidura, y que ahora copio yo misma con obsesión reconstructiva: "Quien quisiere ser culto en un solo día/ la jeri (aprenderá) gonza siguiente: *fulgores, arrogar, joven, presiente/ candor, construye, métrica, armonía,// poco, mucho, si no, purpuracía,/neutralidad, conculca, erige, mente,/ pulsa, ostenta, libar, adolescente,/ señas, traslada, pira, frustra, arpía,// cede, impide, cisuras, petulante,/ palestra, liba, meta, argento, alterna,/ si bien, disuelve, émulo, canoro.//* Use mucho de *líquido* y de *errante,/* su poco de *noturno* y de *caverna,/* anden listos *livor, adunco,* y *poro,//* que ya toda Castilla,/ consola esta cartilla,/ se abrasa de poetas babilones/ escribiendo sonetos confusiones/ y en la Mancha, pastores y gañanes,/ atestadas de ajos las barrigas,/ hacen ya cultedades como migas".

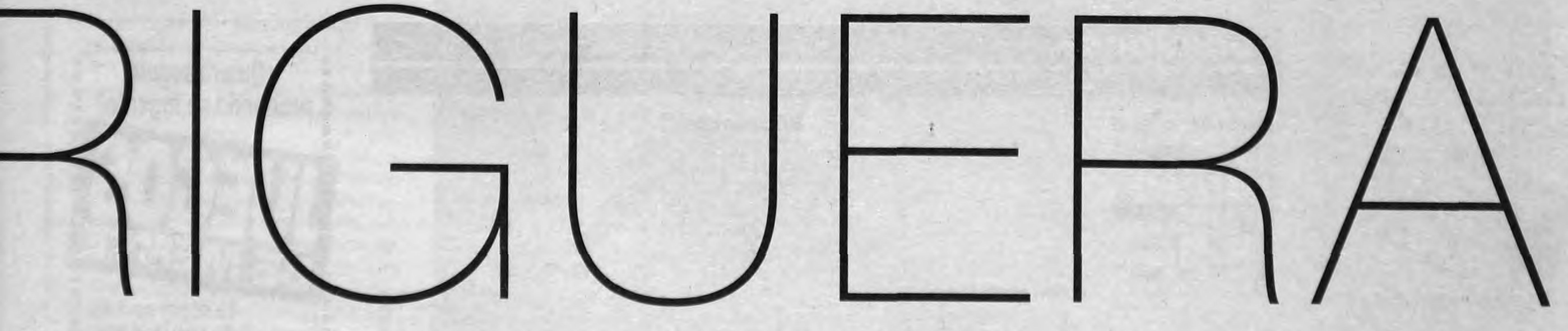


En una libretita encuadernada con espiral descubrimos unas letrillas, para llamarlas de algún modo, amorosas; se trataba de reflexiones que mi padre había apuntado cuando se enamoró de mi madre, a quien llamaba en sus versos Niña Chole. Me parece que la idea que tenía de sí mismo era la de un pretendiente inmerecido, que tenía que hacer méritos para llegar a ella, o tal vez que debía entrar en una lisa en la que sus merecimientos no eran lo suficientemente reconocidos comparados con glorias o dineros vanos que ostentaban sus rivales, el todo sintetizado en una frase que ocupaba por completo una de las pequeñas páginas: "Yo no tengo Fiat ni quien me fíe", la única que se me ha quedado grabada después de haber perdido todas las demás. Las más significativas, de inspiración rubendariana, fueron saqueadas por nosotras las hermanas para cartas de amor, convirtiéndose la casa en un escribidero sentimental al servicio de la comunidad de chicas en edad de merecer, en el que confluían los diarios íntimos, poemas amorosos de los *Titanes de la poesía universal*, y versos de la cosecha propia de mi hermana; en un escribidero también escolar, cuyos plagios provenían de discursos de mi padre, quien a su vez tomaba citas de clásicos y modernos, las cuales pasaban a las nuevas composiciones sin comillas.

Entre esos destinatarios de cartas había un joven marino a quien su Beatriz, amiga mía, le escribía casi diario, confiándome esas escrituras a mí. En esas cartas que yo la de entonces escribía, que escribía para que Beatriz escribiera, el amor, objeto translúcido, adquiría progresivamente densidad, colmaba, rebosaba el corazón de la amante, nunca con ese nombre tan categórico de amante que, por su carga, era diferido y acaso disfrazado con otros términos, como decir por ejemplo, *al amarte yo,* o *quien te venera, yo,* y otras distinciones por el estilo del sujeto amoroso, devoto, circunspecto a veces y siempre arquitecto sufriente de esa catedral del amor, con nubarrones de ausencia y alusiones al mar que él, remoto, contemplaría en las playas de la alta Patagonia en búsqueda de ella, la amada; cartas que casi nunca eran respuesta a las del marino, pues unas y otras se cruzaban, y por lo general en el corazón latían, y por las noches en el sueño tu imagen y te beso suavemente mientras te evoco y estás en el cielo que miro y en el horizonte que vislumbro, y aún, para qué ocultarlo, cuando se había producido un silencio demasiado largo del amado, de esa invención que era el amado, la carta comenzaba suicida y nefasta con una cita de Espronceda, muy al uso en las aulas de entonces: "mi carta que es feliz pues va a buscaros/ cuenta os dará de la memoria mía/ aquel fantasma soy que por gustaros,/ juró estar vivo a vuestro lado un día.../ Cuando lleve mi carta a vuestro oído/ el eco de mi amor y mis dolores,/ ya mi cuerpo durmiendo estará bajo unas flores (...)" Y no puedo sustraerme a estos versos: "ya me siento morir, el cielo os guarde./ Cuidad siempre que nazca o muera el día/ de mirar el lucero de la tarde,/ pues yo desde él os estaré mirando,/ y como el bien con la virtud se labra/ para veros mejor yo haré rezando que Dios de par en par la puerta os abra". El epitafio, cuya última línea seguramente tergiverso, amenazaba con una tragedia si la réplica no llenaba la cuota de intensidad acorde con ella, como así sucedió en la carta siguiente del marinero, que se creyó residente en la tierra, se imaginó a la hora de partir, oh abandonado, cuando inclino mis redes en tus ojos oceánicos, entrecomillado, dando justo en los ojos verdes de Beatriz, que tenía los cabellos rubios y una belleza lánguida "modiglianesca" (cuando este calificativo aún no era lugar común, por los años cincuenta). Y como la escritura convoca, como sus anzuelos son garfios tendidos sin tiempo, etéreos e imponderables, objetos del azar más descabellado, encontraron finalmente al convocado, ese destinatario tan remoto como remotas eran las niñas que a él le escribían. Una tarde, en la ciudad de México, me fue presentado un señor de unos cincuenta años, que sin dudar reconocí por su nombre, ¡tantas veces lo había escrito en los sobres con mi caligrafía de escuela normal, cerradita, pareja!: *Carlos Monetta. Escuela Naval Militar. Puerto Belgrano*, etcétera, etcétera. Remitente: B.T. Salto 1221. Córdoba, y tantas veces había encabezado las cartas diciendo cosas de este tenor: "Querido Carlos: Tiembla mi corazón al desgranar estas letras. No he sabido nada de ti desde hace una semana y no me ha costado mucho imaginarte en las borrascas del mar, lejos de mis brazos". El se acordaba de mí, puesto que yo había sido algunas veces *chaperonne* de la entonces niña Beatriz, cuando se conocieron en un verano en las sierras. Y al evocarla, decía que lo que más le había sorprendido era el extenso vocabulario marino que aparecía en sus cartas. Yo empecé entonces a decirle algunos de esos términos: aparejo, casco, escobén de proa, maroma, toldilla, foque, amuras, sotavento, imbornales, drizas, botalón de mesana, baluarte, y él sintió que en esa conversación ocasional estaba pasando algo raro, se dio cuenta de que por alguna razón que no estaba todavía en condiciones de sopesar, él y yo estábamos unidos por la letra, una letra/carta cuya inconclusión permitía ahora que se actualizara un diálogo amoroso, por interpósita o, mejor dicho, que un fantasma, yo en la circunstancia, que había velado sobre las antiguas escrituras se hiciera tangible y ocupara, como muchas veces en las historias de amor, el lugar de la amada real, real entonces, espectral ahora, y pudiera recitar su texto en persona.

El relativo saber sobre términos de navegación provenía de la lectura de *La isla del tesoro*, aquella verdadera hazaña que quedó registrada en decenas de hojas de vocabularios encolumnados, que nunca terminó, pero que fue produciendo todos los días, desde los inicios del primer capítulo, un efecto de gran ola que se eleva y lame acantilados de una isla, arrastrando en sus vaivenes, desde la vigilia hacia el sueño y viceversa, las imágenes de un niño confundido con un terror que sólo los adultos podían producir. Y el mar llevaba y traía a lo lejos un elemento inalcanzable y desconocido para mí, mediterránea: "Y mientras me escurría bajo las oquedades del monte, oí resonar a lo lejos el continuo y arrastrado tronar de la resaca, y en torno mío un largo rumor de frondas, indicio cierto de que la brisa marina soplaba más fuerte que de ordinario. Pronto comenzaron a llegar hasta mí frescas ráfagas de viento salobre; y pocos pasos después me encontré en el lindero del bosque y descubrí *la llanura del mar* inundada de sol y salpicada de arrecifes costeños cubiertos de espuma". La lectura me exaltaba, en esa isla nunca las aguas estaban calmas: "A pesar de que el sol brillase gloriosamente en el cenit, *sin un hálito de aire*, y aunque la superficie del mar estuviese por completo serena y tranquila, *siempre*, constantemente, había grandes y amenazadoras oleadas irguiéndose y estrellándose *noche y día* contra las rocas costeñas. *Y no creo que en toda la isla existiese ni un solo lugar donde no se oyera a todas horas aquel profundo y tempestuoso estruendo*".

Brumas que arrastran, temblores del cielo, derivas y reflujos, hervores de las mareas y murmullos en las tinieblas, la elocuencia del mar no cesaba de hablar y era propiamente el lenguaje de la pasión, que se desencadena, fluye y refluye, deja brotar sus fuentes y las agota en un instante, elevándose en el aire como una columna y descendiendo después sobre las playas en una alternancia prefigurada siempre, eterna. ■

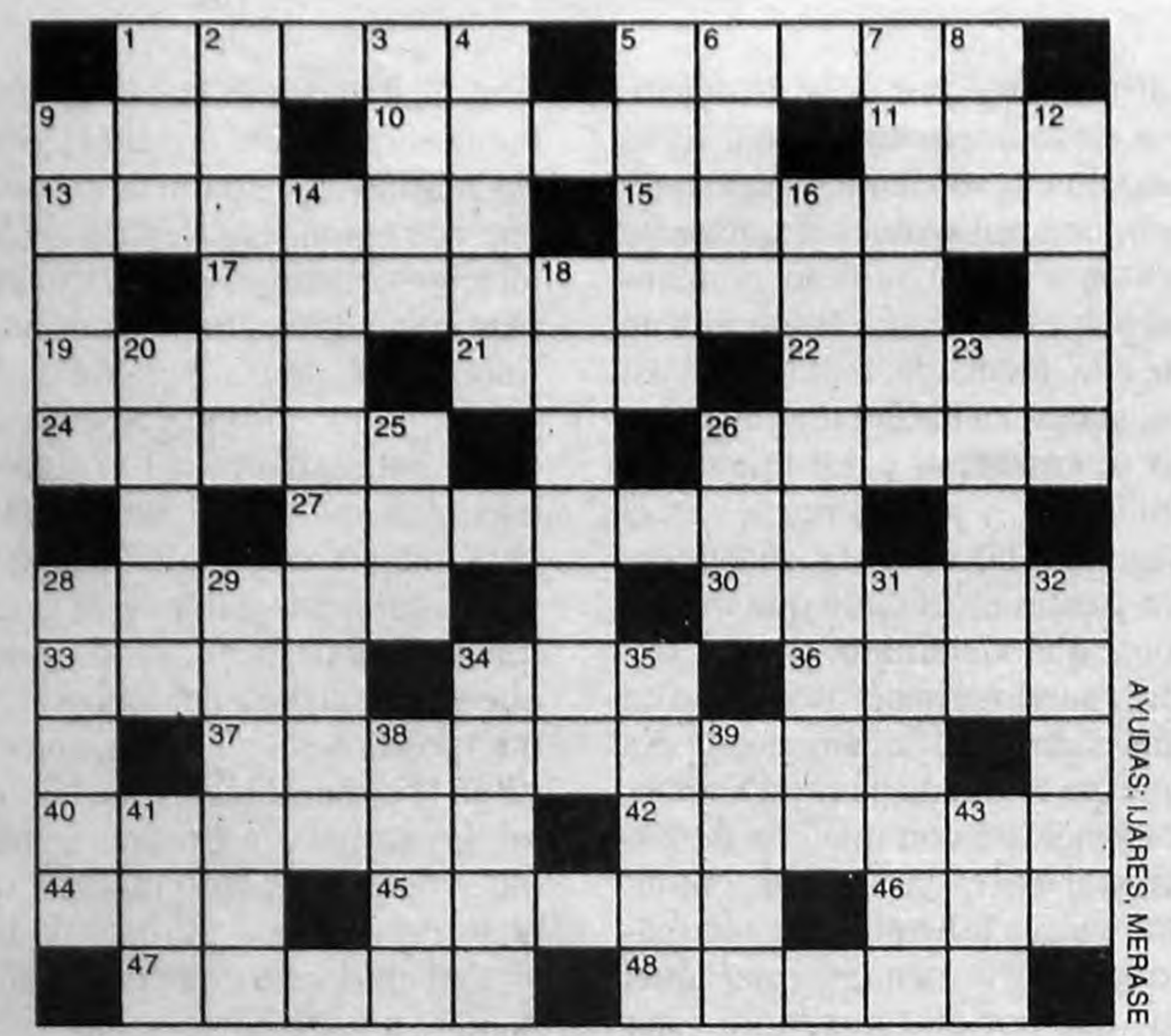


na Mercado

a Mercado, Tusquets Editores (1996).

Enigmático

En las definiciones de este crucigrama encontrará intercalaciones (La caSA DEl marqués = SADE), juegos de palabras (En la LEVadura, la moneda búlgara= LEV), acertijos (Descubrió un continente = COLON) y anagramas (donde deberá buscar otra palabra con las mismas letras que una dada pero en otro orden: ENIGMA = IMAGEN). Estos últimos están en negritas.



HORIZONTALES

1. Se escapa al **calar** el huevo.
5. Si cosen ojales, se enfada.
9. Lo piadoso del canto del pollo.
10. Vocal y divisa del doctor de la ley.
11. La fracción del Chavo.
13. Le suplicaba que **bogara**.
15. Si se quiere fijar, están a los lados del abdomen.
17. Río de Asia, un medio y vocal para la que no tiene límite.
19. Ese conejo no está húmedo.
21. Baile andaluz en el bolero.
22. **Subo** a ver este proyectil.
24. La maga Penélope fue al banquete.
26. **Le ata** la extremidad al pez.
27. **Acá podó** el tímido.
28. **Atina** la Eckberg.
30. Vocal extraña labrará la tierra.
33. Una cierta tarde vine a la vida.
34. **Ate** la letra griega.
36. Han **sido** muy distraídos.
37. **Alan acoda** un tubo estriado.
40. **Remase** y mezclase licores.
42. El chico no sacó las imágenes sagradas.
44. **Tío** habló sobre esta organización televisiva.
45. Teje sus telas en la maraña.
46. El piojito de la gallinita.
47. Con repollo y molibdeno, llenó.
48. Vocal y ósculo para el gordo.

VERTICALES

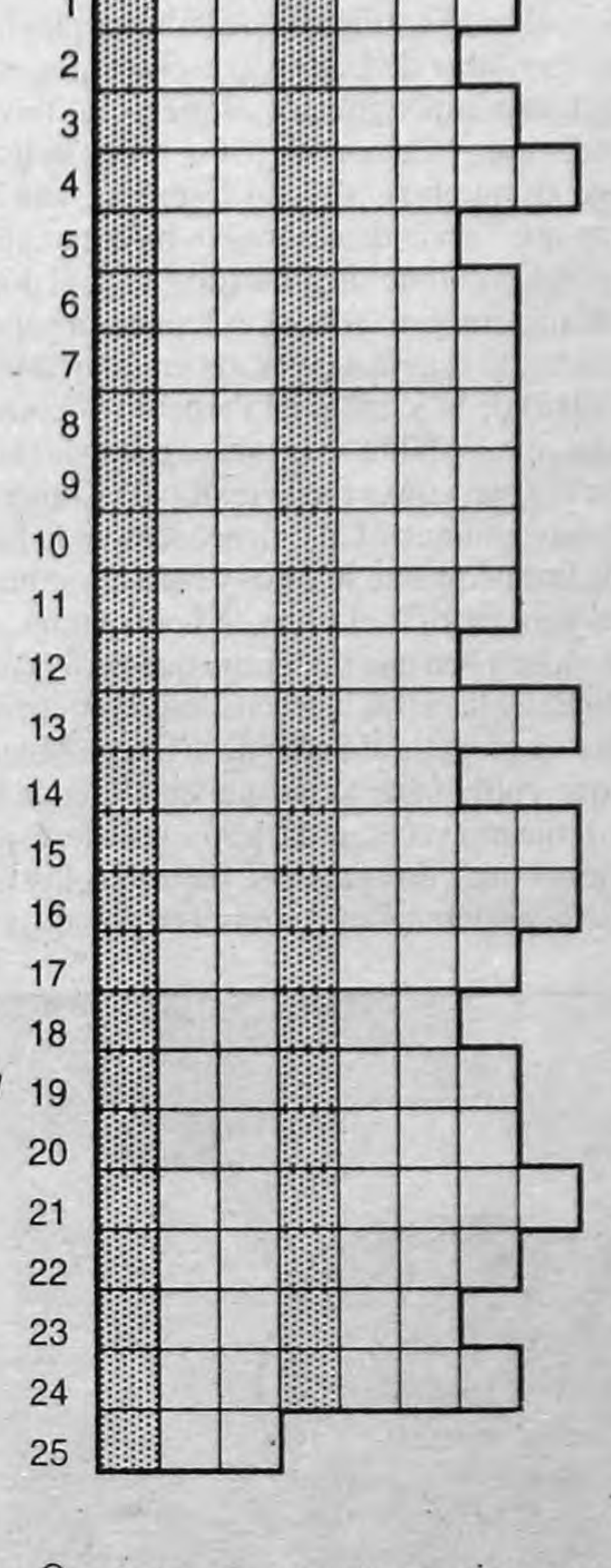
1. Algo sucio, remó hacia atrás.
2. Logaritmo y puerto peruano en la razón.
3. La gema roja del surubí.
4. Aluminio y dueño en un árbol.
5. Mire: mi tela despide rayos.
6. Una serpiente en la tinaja.
7. **Bajaré** a buscar un líquido dulce.
8. **Vea** al pájaro.
9. El comentario sobre los **paros** no está en verso.
12. Todos osan decirle huesuda.
14. **Apática, lo** trató con medicina no homeopática.
16. Está dolorido.
18. En el río Ili cita a la ilegal.
20. **Niega** conocer esta isla de Grecia.
23. La matriz de Rut E. Romano.
25. ¡Cuidado, Pepa!
26. Nombre de mujer en la nada.
28. **A mí no** me levanta el espíritu.
29. Al **río caí** al modo de Icaro.
31. El joven callado ni sabe que es bello.
32. **Se asa** y adquiere cordura.
34. Vio al **reo en** ese mes.
35. Ponga litio entre doce meses para el aderezo.
38. La **amas** en un estado de la India.
39. Casi acaba el esposo de Jezabel.
41. Las demás cosas, abreviadas.
43. El autillo de la moto.

Grilla

Encuentre las palabras definidas y escríbalas en el diagrama, a razón de una letra por casilla. Al terminar, en las columnas destacadas con flechas quedará formada una frase. Como ayuda, damos la lista de sílabas que componen las palabras.

DEFINICIONES

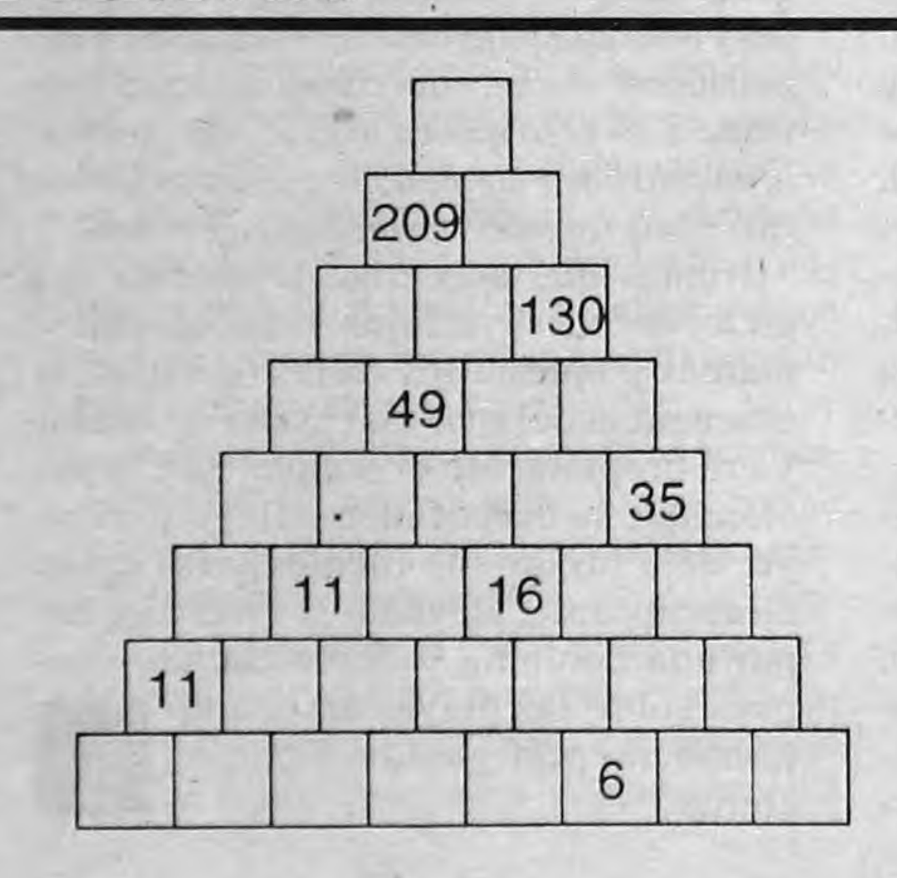
1. Investigación, análisis.
2. Nota hecha por un médico para comprar un medicamento.
3. Que alude.
4. De la parte de allá.
5. Mamífero que vive a orillas de los ríos y se alimenta de peces.
6. Distinto, dispar.
7. Niño pequeño.
8. Pez de forma de culebra.
9. Hacer trenzas.
10. Asolar.
11. Fruto del níspero.
12. Rápido.
13. Exactamente igual.
14. Poco o muy poco.
15. Confesar.
16. Hacer una ofrenda.
17. (Francisco de) Escritor español.
18. Pájaro notorio por su afición al hurto.
19. Base, fundamento.
20. Vara larga.
21. Preñez.
22. Calidad de negro.
23. Pez que sube por los ríos para desovar.
24. Airoso, bien formado.
25. Pronombre relativo.

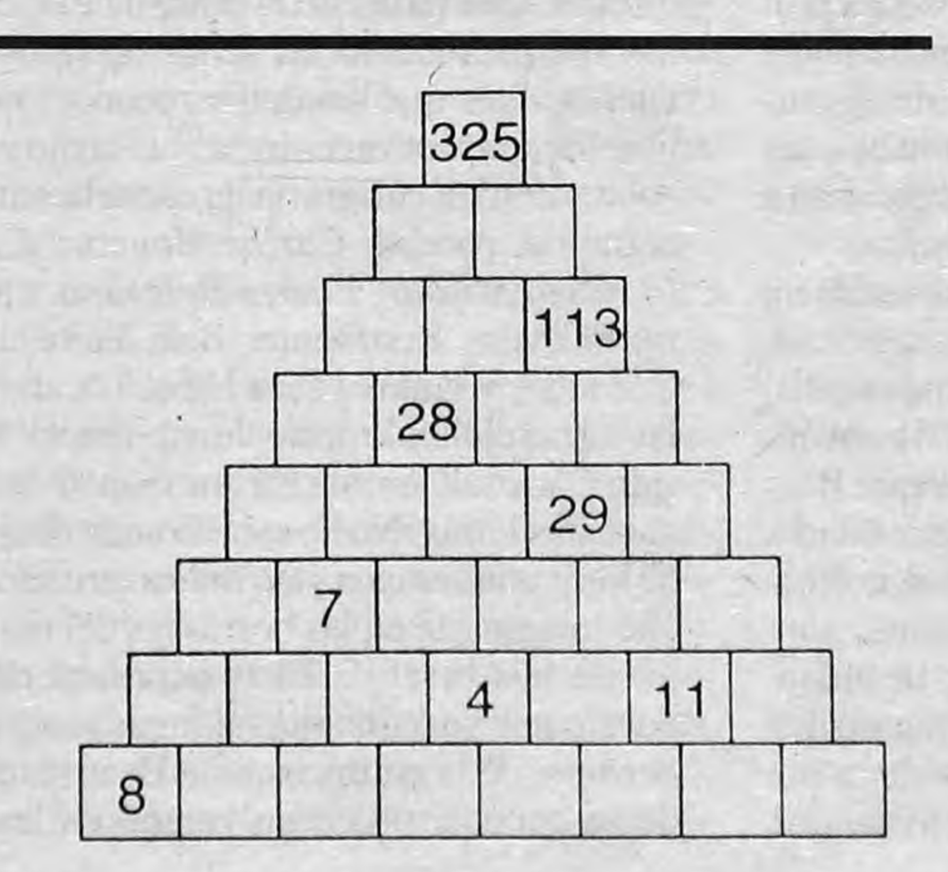


SILABAS

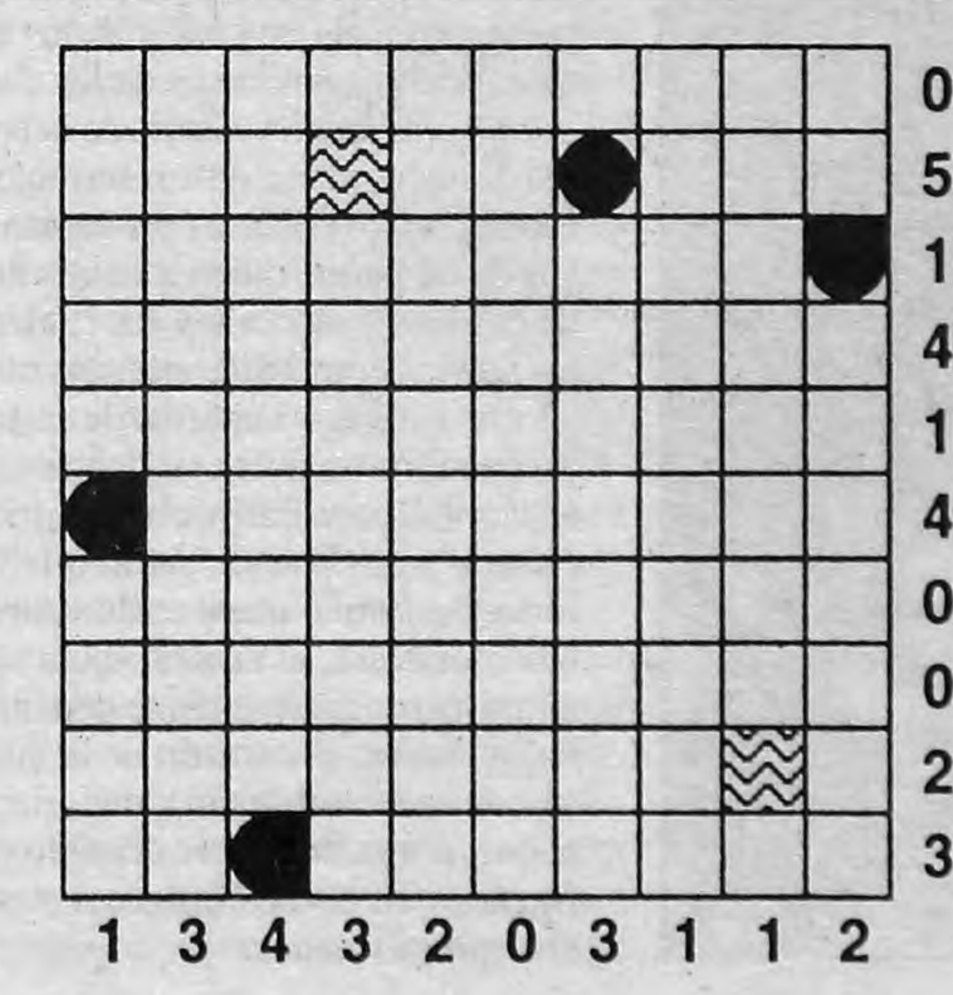
a, a, an, ba, bel, ca, ce, cia, cla, co, da, dar, de, dén, di, dio, do, e, em, es, es, fan, fren, ga, ge, gru, gui, i, in, la, la, li, lu, mil, món, na, ne, nís, no, nu, o, pér, po, Que, que, ra, ra, rar, re, rior, ro, rra, rra, sal, sar, sen, si, sí, ta, te, te, ti, ti, to, tren, tria, tu, u, ul, ve, vo, zar, zo.

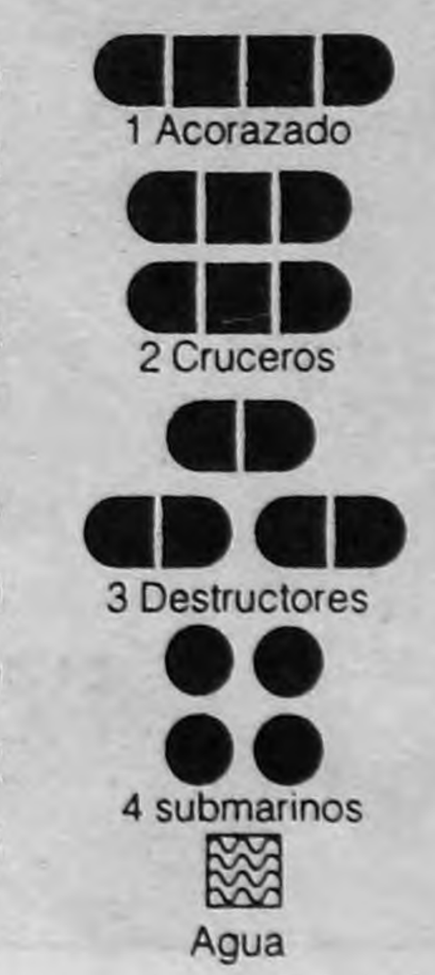
Escaleras





Batalla naval

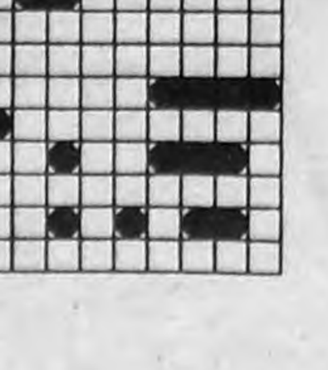




Soluciones

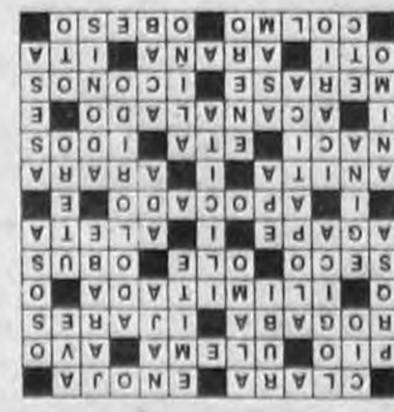
Batalla naval





Escaleras

Enigmático



Grilla

1. ESTUDIO/2. RECETA/3. ALUSIVO/4. ULTERIOR/5. NUTRIA/6. DISIMIL/7. INFANTE/8. ANGUILA/9. TRENZAR/10. ARRASAR/11. NISPOLA/12. LIGERO/13. IDENTICO/14. NONADA/15. DECLARAR/16. OFRENDAR/17. QUEVEDO/18. URRACA/19. ESENCIA/20. PERTIGA/21. EMBARAZO/22. NEGRURA/23. SALMON/24. ESBELTO/25. QUE.

"Era un día tan lindo que pensé que sería una pena levantarme." W. Somerset Maugham.